

Anal. Real Acad. Nac. Farm. 2002, 68:

_____ *Artículo Original* _____

Botica y Farmacia en el Quijote*

ÁNGEL DEL VALLE NIETO

Doctor en Farmacia.

*Dpto. de Farmacia y Tecnología Farmacéutica. Facultad de Farmacia.
U.C.M.*

RESUMEN

La universalidad de la novela *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* viene dada, indudablemente, por lo frondoso del árbol de su temática, lo que ha dado lugar a extensos y profundos estudios de sus más variados aspectos. Uno de ellos, el de la Farmacia, Botica en el Siglo de Oro, es el que pretendemos desarrollar aquí, presentando y destacando las palabras y términos puramente farmacéuticos y boticarios, su significado y aplicación, intentando poner de manifiesto, una vez más, que el genio y el ingenio de don Miguel de Cervantes iba muchísimo más allá de la simple burla de los Libros de Caballería.

Palabras clave: Quijote.- Sancho.- Botica.- Farmacia.

SUMMARY

Apothecary and Pharmacy in the Quijote

The universality of “*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*” is based on its leafy thematic tree, which has caused full studies about its more varied aspects.

* Premio del Consejo General de Colegios Oficiales de Farmacéuticos del año 1999 de la Real Academia de Farmacia.

Here we try to develop one of them, Pharmacy, “*Botica*” in the Spanish Gold Century, showing and pointing up the pure pharmaceutical words and terms, their meaning and use, trying to show, once more, that Mr. Miguel de Cervantes genius and wit intended very much more than the only mockery of Books of Chivalry.

Key words: Quijote.- Sancho.- Apothecary.- Pharmacy.

Mi condición de farmacéutico, mis aficiones literarias y mis numerosas lecturas del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* constituyen el triple trampolín desde el que me zambullo en las páginas de la novela cumbre de la Literatura Universal, para encontrar en sus fondos maravillosos, entre sus corales, sus madréporas, sus esponjas y sus estrellas, esas “frases-ostra” donde guarda las “palabras-perla” que yo busco: las que tienen una relación directa con la Botica de su tiempo o con la actual Farmacia, dicho sea salvando las distancias científicas y adaptándose al paso de los siglos.

Naturalmente, este sumergirme y estos saltos de trampolín no dejan de ser una metáfora. He tenido que leer, entresacar, consultar, investigar... Pero esta labor, ardua y espinosa, se ha visto extraordinaria y decisivamente favorecida por un ayudante de excepción que encontré navegando por “Internet”: Cidi Hamete Boticaril. Él ha sido el puente entre la documentación y mi pluma, el verdadero guía y monitor de este trabajo. Ha escrutado pergaminos y legajos, transitado por “infovías”, rebuscado en los más alejados zocos y arábigas reboticas y ha encontrado, en fin, todas las joyas boticario-expresivas que el autor, torpemente, buscaba.

Muchas son las frases en cursiva pues las tomo literalmente del Quijote y, otras, procuro que se aproximen a su estilo en un intento de que el homenaje de este trabajo boticario a don Miguel de Cervantes sea lo más constante posible.

Más que *Botica y Farmacia en el Quijote*, se debería titular: *Conocimientos o términos o palabras de significado boticario y farmacéutico encontrados y extraídos de la novela El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Con ello dejaríamos, a su vez, más claro, que no vamos a referirnos a la botica como lugar geográfico inmobiliario y sedentario, sino como una especie de botica ambulante o, dada la

sino como una especie de botica ambulante o, dada la condición de nuestro señor Don Quijote, a una botica de campaña transportada en las alforjas sin fondo de Sancho o habilitada en cualquier rincón de cualquier aprisco, castillo, venta o palacio en los que fuera posible combinar “los simples”.

Utensilios, enseres, técnicas de laboratorio, acciones terapéuticas, confecciones magistrales y dermofarmacéuticas, palabras en uso y en desuso se te mostrarán, lector, en estas páginas sin descubrirte, por supuesto, nada nuevo, pero dando, o intentado dar, a esta lectura del Quijote el enfoque boticario, el enfoque farmacéutico que guarda para nosotros y que, esperanzado, te ofrezco.

Quiero advertir que no he abordado temas propiamente médicos ya tratados por eminentísimos autores y doctores en Medicina; por otra parte, mi escasa preparación no me lo permitiría. Sólo he trabajado, insisto, en palabras, frases y, digamos, situaciones directamente ligadas a nuestra profesión farmacéutica, más o menos reales, más o menos exageradas, y sin abandonar nunca el hilo del relato cervantino ni la sucesión de las descomunales aventuras de Don Quijote.

Espero, lector amigo, que te agrade lo que escrito está con el respeto y la devoción debidos a nuestro sin par hidalgo, tan necesitado, en muchas ocasiones, de Atención Farmacéutica Primaria (en aquellos años, Atención Boticaria) y que se correspondía con un Área Básica de Salud tan extensa como los territorios recorridos por nuestro héroe, debido a que aún no se habían transferido las competencias sanitarias correspondientes.

No me resta más que rogar que se disculpen los muchos errores o si algo falta o algo sobra. Poner de manifiesto que la ironía que puedan destilar estas líneas de ninguna manera pretende ridiculizar Leyes, Decretos, Instituciones y, mucho menos, personas; que, únicamente, quieren ser un vano remedo del humor que impregna las páginas de la novela que glosamos. Y resaltar que sólo he pretendido hacer un trabajo íntimo y emotivo, más que riguroso; pero, eso sí, siempre boticario. Conseguido o no, a vuestra benevolencia lo presento.

I. Botiquín de viaje. Dermofarmacia.

Que trata de cómo Don Quijote debería proveerse de un botiquín de viaje, de la lección de Dermofarmacia que imparte a los comerciantes toledanos mientras defiende la belleza de su dama y de otros sucesos de felice recordación.

Determinóse a ser armado caballero. Él, Don Quijote, crisol de amadises y esperanza de viudas, ejemplo para Arturo y sus paladines, terror de follones, malandrines y bellacos, implacable desfacedor de entuertos, había abandonado sus libros, sus deudos, su casa y su lugar para ejercer el noble oficio de la Caballería Andante allí donde fuera reclamada la fuerza de su brazo o se pusiese en duda la sin par belleza de su señora, Doña Dulcinea del Toboso.

Mas, bajo el peso de sus armas y sobre la ligereza de su caballo, advirtió que no podía dar legítimo comienzo a sus valerosas y descomunales aventuras si no había sido armado caballero. Y es en la venta del Campo de Montiel donde la gran magnificencia y liberalidad del Ventero acoge su solicitud; no en balde, también él, en sus años de mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio.

Muchos fueron los consejos, recomendaciones y advertencias que, antes de velar sus armas, recibió Don Quijote del Ventero. A nuestro Cidi Hamete Boticaril le llama particularmente la atención el que le dijera que, además de dineros y camisas, los caballeros andantes portaban *una pequeña arqueta de **ungüentos** (*) para curar las heridas que recibían, porque no todas las veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curara, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire, en alguna nube, alguna doncella o enano con alguna **redoma** (*) **de agua de tal virtud** (1), que en gastando alguna gota della, luego, al punto, quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno no hubiesen tenido, mas que en tanto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y otras cosas necesarias, como eran **hilas** (*) y ungüen-*

tos para curarse. (P. I: Cap. III). Es decir, avezado lector, estaba recomendando el uso de los botiquines de campaña unipersonales.

Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad, como más adelante tendremos ocasión de ver; mejor dicho, de leer.

Armado, pues, caballero, alborozado, contento y gallardo, Don Quijote salió de la Venta y en seguida recordó los consejos del Ventero acerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, entre las que Cidi Hamete Benengeli reseña los dineros y las camisas, sin recordar la arqueta con hilas y ungüentos que tan oportunamente destaca su homónimo Boticaril y que tan buenas ayudas prestaron a sus quebrantados huesos al final de las muchas y disparatadas aventuras que nuestro héroe vivió.

Mientras iba camino de la aldea, salieron de la espesura unas voces quejumbrosas y él, Don Quijote, se dispuso a cumplir lo que debía a su recién estrenada profesión y a lo que el talante caballeresco demandaba.

De Juan Haldudo, el Rico, vecino de Quintanar, escuchó Don Quijote que se había gastado en su criado Andrés, al que azotaba, *un real de dos sangrías* (2) *que le habían hecho estando enfermo* (P. I: Cap. III) y, aunque esta fuera una práctica habitual en barberos y cirujanos menores, está bien destacarla en este trabajo pues, en ocasiones, las llevaban a cabo los boticarios. Por otra parte, nos conviene tener presente el coste de este acto sanitario por si llegáramos a necesitarlo a la hora de analizar, junto con otros parámetros macroeconómicos, el gasto farmacéutico de la época.

Soñando en su Dulcinea, llegó a toparse con un grupo de mercaderes toledanos a los que con voz y ademán arrogantes detuvo en su caminar para que confesaran que no había en el mundo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. ¡Qué lejos estaba nuestro héroe de pensar que esta exigencia suya iba a depurar a los siglos venideros una de las más hermosas lecciones de **Dermofarmacia** que se nos haya dado escuchar!

En efecto, a los requerimientos de Don Quijote uno de los mercaderes contestó irónicamente que *aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro mana **bermellón** (*) y **pedra azufre** ...* (P. I: Cap. III).

No cayó en vacío el hiriente sarcasmo y la respuesta fue fulminante:

*-¡No le mana, canalla infame, eso que decís, sino **ámbar** (*) y **algallia** (*) entre algodones!* (3), frase digna del enamorado paladín que era Don Quijote conecedor, como se ve, de los preparados que pudieran contribuir a la perfección total de la casi perfecta belleza de su dama.

Pero, al cargar el toledano, se cayó, lamentablemente, Rocinante y su amo, queriéndose levantar, no pudo y jamás lo hubiera conseguido si no acertara a pasar por allí un labrador vecino suyo que, subiéndole a su jumento, le llevó a su aldea.

Bien recibido del Cura, del Ama y de su sobrina, le curaron y cataron las heridas con los remedios de su casera botica. Lleváronle a la cama donde pidió le dieran de comer y le dejasen dormir, que eso era lo que más importaba pues todas sus dolencias deberían corregirse con una sana comida y un prolongado reposo, recomendaciones estas, entre paréntesis, que han llegado hasta nuestros días como imprescindibles para combatir el estrés y el decaimiento de los caballeros andantes, digo currantes...

Su sueño fue tan plácido, largo y profundo que permitió al Cura y al Barbero el escrutinio de los Libros de Caballería y su condenación a la hoguera en lo que se mostraron maestras el Ama y la Sobrina, tomando de dichos Libros cumplida venganza por el mal que habían hecho a su amo y tío respectivo.

En medio de todas las palabras, juicios y diatribas de tal escrutinio, advirtamos, observadores boticarios, la correcta alusión terapéutica a la **acción purgante del ruibarbo** (*) (4) señalada por el Cura, aunque la exageración dialéctica del momento le lleve a querer que *purgue la demasiada cólera de Don Belianís*, (P. I: Cap. VI), ya que por aquel entonces, la raíz, el rizoma para ser exactos, del ruibarbo se empleaba para purgar los humores colérico y flemático (5).

Quince plácidos días no fueron capaces de calmar sus ansias de aventura. Solicitó a un labrador vecino suyo que le acompañase y, perfectamente pertrechado y prevenido de todo lo que le recomendó el Ventero, ambos, Don Quijote sobre Rocinante y Sancho Panza, que así se llamaba el vecino, sobre su fiel rucio, *salieron del lugar sin que persona los viese* (P. I: Cap. VII).

II. Bálsamo de Fierabrás y Gasto Farmacéutico.

De cómo Sancho Panza descubre el bálsamo de Fierabrás y el beneficio económico que con él puede obtener.

Ya caminaban plácidamente por el Campo de Montiel y ya, entre plática y plática, la impaciencia de Sancho empezaba a recordar a su amo la posesión de la ínsula que le tenía prometida.

El sol, de soslayo, no les molestaba y les permitía mirar alto y de frente. Descubrieron, pues, treinta o cuarenta molinos de viento contra los cuales gigantes, según don Miguel y Cidi Hamete Benengeli, sostuvo Don Quijote la más espantable y jamás imaginada batalla que vieron los siglos, de la que le quitó la gloria el envidioso sabio Frestón al volver los gigantes en molinos.

Terminó dolorido nuestro héroe, pero únicamente lo apreció la siempre atenta mirada de Sancho ya que él, Don Quijote, no se quejaba de dolor ni de herida alguna como correspondía a todo buen y templado caballero andante. Y él, lo era.

La noche al cielo raso se la pasó pensando en su señora Dulcinea, estrella del cielo manchego, y, Sancho, por su parte, que había comido y bebido de sus alforjas con la abundancia propia de su necesidad, de un sueño se la pasó toda.

Y observa Cidi Hamete Boticaril, cómo don Miguel emplea la expresión *y no de agua de chicoria* (P. I: Cap. VIII), para destacar la solidez de los productos que llenaban el estómago de Sancho demostrando, así, conocer lo que era una infusión y la aplicación de la achicoria como remedio

tónico aperitivo o, como es el caso, como “engañabobos”, nunca comparable con el aporte calórico de las alforjas y de la bota de Sancho.

Tornaron a su comenzado camino hacia Puerto Lápice, toparon con frailes de la Orden de San Benito y afrontaron la más famosa aventura que se haya visto, enfrentándose a gente endiablada y descomunal y, en particular, al vizcaíno, al que castigó su sandez y atrevimiento como queda escrito en el original de esta historia, lo que permitió a Sancho requerirle de nuevo el gobierno de la ínsula. Y, así, entre petición y promesa, al trote de Rocinante y al sofoco del rucio, llegaron a un bosque que por allí justo estaba. En la tranquilidad de la escena, Sancho rogó a su amo que se curara de la herida que le había ocasionado el vizcaíno, *pues se le va mucha sangre de esa oreja*.

*-Aquí traigo hilas y un poco de **ungüento blanco** (6) en las alforjas.*
(P. I: Cap. X)

(Aunque olvidadas de referir por el autor, lo cierto es que no dejaron de poner en práctica las recomendaciones del Ventero y, así y ahora, vemos provistas las alforjas de Sancho con material de cura y con el ungüento blanco, aunque en nada se parecieran a los ungüentarios de alabastro recomendados para su conservación.)

Y es en este momento cuando la emoción profesional de Cidi Hameete Boticaril asciende a sus más altos niveles al encontrarse ante el primer preparado boticario que aparece en el relato de las aventuras del hidalgo manchego. Tal es así, que en lo más recóndito de su rebotica, llegó a componer este tímido romancillo:

*De muy blanco albayalde
recibes tu color;
del aceite rosado,
el aroma de flor.
Con la cera de abejas
se te confeccionó.*

*¡Ay, buen unguento blanco,
remedia a mi señor
de la herida profunda
que en lides recibió!
¡Que no sangre la oreja,
mis hilas traigo yo!
Vendémosle depriosa;
el blanco lo sanó.*

Ya en tiempos de Don Quijote lo mejor era lo de cada uno y, tal y como ahora escuchamos en nuestras farmacias, el mejor medicamento es el que tomamos nosotros, siendo el nuestro el mal de mayor gravedad. Por ende, Don Quijote se apresura a contestar (y cito los textos históricos) que *todo esto fuera bien excusado si a mí se me acordara de hacer una **redoma del bálsamo (*) de Fierabrás** (5); que con una sola gota se ahorrasen tiempo y **medicinas**. (P. I : Cap. X).*

La intención última de este trabajo nos impide renunciar a transcribir con toda fidelidad la pregunta de Sancho y la respuesta de Don Quijote:

-¿Qué redoma y qué bálsamo es ese?

*-Es un bálsamo, de quien tengo la **receta** en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte ni hay que pensar en morir de ferida alguna. Y, así, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas veces suele acontecer), bonitamente la parte del cuerpo que se hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajallo igualmente y al justo. Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana. (P. I : Cap. X)*

(“Ser una cosa un bálsamo”, nos alumbra Boticaril, es “ser perfecta en su especie”. Así se desprende de la respuesta del caballero pues, ¿qué mayor perfección para una medicina que perder con ella el temor a la muerte o el de pensar en morir de ferida alguna?).

Y fue tal la convicción que Don Quijote puso en su respuesta que le hizo exclamar, en una de sus escasas efusiones líricas no dedicadas a Dulcinea:

*Bálsamo de Fierabrás,
sana que me sanarás.
Una gota bastará
y mi herida curarás.
Bálsamo de Fierabrás:
si me parten por mitad
tu virtud me compondrá.
Mas ten ojo, Sancho amigo,
no dejes la sangre helar.*

Y de la receta, palabra que brilla con luz propia en este párrafo, ¿qué decir al boticario?. Receta: palabra llana, humilde de acentos, de justa longitud y perfecta fonética. Motor de nuestra actividad boticaria. Tú nos conviertes en noble brazo del médico. Así llegó a cantarte un anónimo compañero:

*¡Oh receta, verde o roja,
señora de la botica!
A lo que llevas escrito
el boticario se aplica*

*y se esfuerza y perfecciona
por cumplir lo que le indicas.
No te cambiaré por ínsula
como Sancho pretendía;
para mí, tú vales más,
receta, receta mía.*

Admirado de tanto elogio y alabanza, Sancho no tuvo reparo alguno en ofrecer a su amo la renuncia al gobierno de la prometida ínsula a cambio, *si eso es así* (obsérvese la reticente desconfianza del condicional), de obtener *la receta de ese extremado licor* al que, en su codicia, aplica un precio de venta de dos reales la onza, lo que multiplicará por varios miles los “honorarios profesionales”.

Siguió insistiendo Sancho para conocer si tenía mucho coste el hacerle y, por ende, calcular los beneficios que podría reportarle su confección sin pararse a pensar en el incremento que para el gasto farmacéutico de su Comunidad podía suponer la comercialización del Bálsamo y sin tener miedo a futuras revisiones periódicas de márgenes pues para eso ya lo pensaba él poner bien amplio y cumplido. (-¡Precios de referencia a mí!, pensaba en su interior).

-*Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres*, respondió Don Quijote.

-*¡Pecador de mí!, replicó Sancho. Pues, ¿a qué aguarda vuestra merced a hacelle y enseñármele?* (P. I: Cap. X).

Las “cuentas” de Sancho. (Perdona, economista y empresarial lector, esta numérica disgresión):

Precio de costo: Tres azumbres cuestan tres reales.

Precio de venta: Una onza se vende a dos reales.

Un azumbre equivale a 2 l. Y 16 ml.; o sea, por la equivalencia en agua destilada, a 2016 gramos, por lo que tres azumbres equivalen a 6038 g.

Si preparar 6038 g. del Bálsamo cuesta tres reales, siempre ajustándonos a las palabras del autor, preparar un g. costará 0,000496 reales.

Por otro lado, una onza equivale a 287 decigramos = 28,7 g.

Si 28,7 g. se venden a 2 reales, un g. se venderá a 0,0696 reales.

Es decir, que el precio de venta al público sería de ¡¡¡140.322!!! veces el de costo.

Estas desorbitadas cifras y cálculos nos aclaran que con razón diga Sancho que *no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente*, (P. I: Cap. X) aunque la honradez se vea notablemente empañada por lo desmesurado de sus beneficios; descansada, sí, desde luego que sí...

Mas, dejándose de quiméricas especulaciones crematísticas y de preámbulos a futuros cuentos de la lechera, recurrió a sus humildes hilas y ungüentos para curar a su señor de la oreja *que le dolía más de lo que él quisiera*.

Y más de lo que es menester le seguía doliendo en compañía de los cabreros con los que había compartido cena, lumbre, descanso y canciones. Hasta tal punto el dolor era insoportable que uno de ellos *tomando algunas hojas de romero las mascó y las mezcló con un poco de sal y, aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había necesidad de otra medicina, y así fue la verdad*. (P. I: Cap. XI)

III. Bizmas. Simples y enseres. Mudas.

Que trata de las aplicaciones de las bizmas, de cómo se improvisa un laboratorio en una Venta-Castillo y de otras cosas y conceptos de verdad harto buenos.

Y, en efecto, páginas más adelante y todavía en compañía de los cabreros, se sigue alabando el beneficioso efecto de la medicina aplicada *que es tal que no hay que temer contrario accidente* y es que, además de su valor terapéutico, llevaba una gran dosis de fe y confianza, factores curativos donde los haya.

Atrás quedan los amores de Marcela y Grisóstomo, enterrado él, perdida ella y en la su busca Don Quijote y Sancho, cuando, descansados estos *y paciendo el jumento y Rocinante a sus anchuras* (P. I: Cap. XV), a éste le vino el deseo de refocilarse con las *hacas galicianas de unos arrieros yangüeses*, afán que terminó recibiendo, primero el rocín y, después, caballero y escudero, tal cantidad de palos y estacazos, *verdadera tempestad de ellos*, que Sancho suplicaba por *dos tragos de aquella bebida del feo Blas* por si también era útil en el quebrantamiento de los huesos y no sólo en curar heridas.

Porque fue tal que, a lo largo de la plática que entre lamentos y quejas sostuvieron, Sancho no pudo menos que exclamar *que más estoy para bizmas* (*) *que para pláticas*. Y resultó ser que esa humilde palabra, que parecía intentar esconderse por la frase, es una forma de **emplasto** (*), aplicación farmacéutica cuya consistencia le permite conservar la forma que se le da, de aquí la rigidez que proporciona (8), y que llega hasta nuestros días como parches para los riñones y para el pecho, según pudo confirmar Cidi Hamete Boticaril en el Recetario del hospital del convento donde trabajaban La Enfermera y Sor Virginia...

Pero si bizma nos daba la impresión de querer pasar desapercibida, no ocurre lo mismo con **melecina**, que destaca brillantemente en el párrafo que sigue: *Cogido el caballero del Febo, cayó a una profunda sima y allí le echaron una destas que llaman melecinas* (*), *de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero*. (Efectivamente, grande amigo y mayor sabio había de ser el que resolviera tan difícil y profunda situación).

Y, mientras Don Quijote sostiene no verse afrentado por los golpes recibidos, pero sí molido y dolorido por estos males pasajeros, Sancho se lamenta de todo lo contrario y discrepa de su amo en una frase de alto con-

tenido profesional: *Si esta muestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aún no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas a buen término* (P. I: Cap. XV), en la que resulta clara y notoria la alusión a la **Farmacia Hospitalaria** y así la recogemos.

Sin dejar de hablar, replicar y contrarreplicar, alcanzaron una Venta que Don Quijote, ¡faltaría más!, imaginó Castillo. En ella, la caritativa mujer del Ventero, y su no fea hija, curaron a los huéspedes *emplastando a Don Quijote de la cabeza a los pies* (P. I: Cap. XVI), mientras que Sancho suplicaba porque sobrasen algunas **estopas** (*) para sus doloridos lomos, tanto que, una vez acostado, *no consentía en su sueño el dolor de sus costillas*, mientras que Don Quijote, en plena defensa frente a los que él suponía ataques amorosos de la hija del Ventero, se sentó en la cama a pesar de sus bizmas, lo que hace pensar en la rigidez de éstas y, sobre todo, en que estaba totalmente emplastado, lo que nos da idea del apaleamiento a que le sometieron los yangüeses. Rigidez “emplástica” (con perdón) de la que se vuelve a hablar a través de los innumerables trabajos que pasaron en la aventura, particularmente rica en mamporros, porrazos y molimientos, al decir que Don Quijote *se estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplastado*. (P. I: Cap. XVI).

Quejosos caballero y escudero y aquél descalabrado de un candilazo, ordenó a Sancho que buscase al alcaide de la fortaleza y que le pidiese un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo y curar de sus heridas. (Observemos la relación de **simples** (*), aceite, vino, sal y romero, necesarios para confeccionar un preparado compuesto; en este caso, el bálsamo).

Y, allí mismo, *él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echarlo, y como no la hubo en la Venta, se resolvió de ponello en una alcuza o aceitero de hoja de lata y luego dijo más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos acompañando a cada palabra una cruz a modo de bendición* (P. I: Cap. XVII), con lo cual, al empirismo del cocimiento añadió la superstición de la rutina de los rezos, aunque él no fuera consciente de ello.

Y, eso sí, sabedor de la bondad de su obra y confiando plenamente en ella, *se bebió lo que no cupo en la alcuza (poco más de un litro). Pero en lugar de ver curadas sus heridas, se puso a vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, viniéndole un sudor copiosísimo que le obligó a acostarse y, al cabo, dormirse, levantándose aliviadísimo del cuerpo y en tal manera de su quebrantamiento que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía acometer, desde allí en adelante, sin temor alguno, cualesquiera ruinas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.* (P. I: Cap. XVII).

No tuvo igual fortuna Sancho, cuyo estómago, al no ser el de un armado caballero, no reaccionó como el de Don Quijote (ya se lo había advertido éste) y, tras tomar parte del líquido que quedaba en la olla, *le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su ultimísima hora.* (P. I: Cap. XVII).

(Es de agradecer a don Miguel de Cervantes que, pese a lo ocupado que le tenían las aventuras de su héroe, se entretuviese en relatar con tanto detalle la selección de simples, la relación de **útiles y enseres** y la cuidada descripción de las **reacciones medicamentosas**, favorables en Don Quijote e indeseables en Sancho, poniendo de manifiesto la sagacidad del autor al observar que el empleo de medicamentos debe ser subjetivo con respecto al paciente y nunca indiscriminado. ¡Impagables páginas boticarias, y así las destaca en sus glosas C. H. Boticaril, que iluminan la ciencia farmacéutica de su siglo y aun de los venideros...!

Manteado Sancho por los compañeros del *sandio y mal hostelero*, ofrecióle Don Quijote tomar de su alcuza el bálsamo que le quedaba, lo que rehusó a fuer de no ser armado caballero, con palabras, eso sí, bien armadas de ironía. Y requirió a Maritornes que le trujese vino pues, a su entender, su acción salutífera era infinitamente superior a la del licor del malhadado Blas, sobre todo si de vino manchego se trataba, como era la ocasión.

En razones y descansos pasaron Sancho y su señor las jornadas siguientes hasta dar, entre coloquio y coloquio, con una espesa polvareda

cuajada por un copiosísimo ejército... de carneros entre los que Don Quijote distinguía a los más brillantes paladines de la andante caballería y a cuyos perdedores no dudó en ayudar alanceando a las ovejas del escuadrón contrario, recibiendo a cambio tal cantidad de piedras que no tuvo más remedio que sacar la alcuza y comenzar a echar licor en el estómago; aunque una última peladilla de río, diestramente dirigida, *hizo pedazos la alcuza llevándose de camino tres o cuatro dientes y muelas y machucándole dos dedos de la mano.* (P. I: Cap. XVIII).

Los pastores le dieron por muerto y Sancho le hablaba y le curaba, tan de cerca, que llegó a recibir en sus barbas cuanto dentro de sí tenía Don Quijote pues ya había obrado el bálsamo en su estómago para desgracia del compasivo escudero.

Después de tanto vómito y, ya repuestos, se interesó Don Quijote por el contenido de las alforjas de Sancho. Como no las llevaba, -¡pecador de él!-, el escudero sugirió humildemente a su amo comer las hierbas de los prados que Don Quijote debía conocer como todo buen caballero andante que se preciase de serlo. Mas nuestro héroe prefería y tomara en esta ocasión con *más aína un cuartal de pan o una hogaza o dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe el Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna* . (P. I: Cap. XVIII).

Detengámonos a considerar, muy brevemente, estas dos figuras de la Ciencia. Dioscórides nació en Sicilia durante el siglo I a. de C. Fue médico militar y viajó incansablemente por todo el Imperio Romano. Incorporado a las legiones, recogió y clasificó plantas de acuerdo con sus propiedades medicinales, llegando a ser el farmacólogo más importante de su época. Sus trabajos los recopiló en *De Re Médica. (Materia médica)* (9) y su influencia resultó decisiva durante muchos siglos en la ciencia europea y para los expertos en Farmacopea, hasta el punto de que ningún autor fue tan comentado como él (10). Y fue precisamente Andrés Laguna su comentarista más importante, hasta el punto de que su labor con la obra de Dioscórides ha marcado una profunda influencia en la Botánica y Farmacia Españolas, ya que el *Dioscórides* de Laguna sirvió como libro preferente de estudio durante siglos. (10).

Nació en Segovia y es un nombre científico señero del Renacimiento Español y europeo: anatómico, botánico, filósofo, farmacólogo, gran médico, políglota. (11)

Y así, sin comer, se encaminaron a dónde, según Sancho, se pudieran *alojar esta noche sin mantos, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados*.

En esta y otras pláticas les llegaron las primeras sombras, *el escudero hambriento y el amo con ganas de comer* (P. I: Cap. XIX), cuando vieron venir hacia ellos una gran multitud de hombres a cuya vista Sancho comenzó a ***temblar como un azogado*** (P. I: Cap. XIX); es decir, como una persona que se azoga, que se ha intoxicado por haber absorbido vapores de azogue (mercurio) y cuyo principal síntoma es un temblor continuado(12); es el actual hidrargirismo.

(¿Acaso es indiferente el boticario a la **Toxicología**?: ¡Qué agudeza y perspicaz observación la de nuestro Cidí Hamete Boticaril al relacionar con las ciencias boticarias la temblorosa metáfora cervantina!).

Resuelta y terminada la aventura de las antorchas con un gran remedio a las necesidades alimenticias de nuestros héroes y, siguiendo el hilo del nuevo relato de Sancho sobre pastores, cabrerizos y pastoras, nos sorprende cómo la enamorada Torralba llevaba un ***no sé qué botecillo de mudas (*) para la cara***. (P. I: Cap. XX).

(¡Oh, cielos! El “*Covarrubias*” nos las define como <<ciertas **untu-ras** (*) que las mujeres se ponen en la cara para quitar della las manchas>>. Y, preguntamos: ¿cuántas cremas hay en nuestras farmacias preparadas para tal fin? ¿Qué conocimientos tan exquisitos y completos llevan a Cervantes a tocar por segunda vez temas dermofarmacéuticos?).

Por otra parte, el mismo autor en su impagable *Tesoro*, nos ilustra sobre el origen de nuestro antiguo oficio de boticario cuando dice que *bote* <<es vaso de barro vidriado, redondo, alto e igual que dio nombre a los *boticarios*, porque en los botes conservan los ungüentos, los olores, los electuarios y conservas y drogas o especies, que por esto el toscano los llama *especiaros*, como los latinos *venenarios*>>. Y a renglón seguido,

boticario: <<el que vende las drogas y medicinas, y por razón de tenerlas en botes le llamamos boticario>>.

Pero no demos por terminado este capítulo sin recoger el empleo del término **lenitivo** (*) referido a la posible acción intestinal de algunas de las *cosas cenadas por Sancho* (P. I: Cap. XX).

IV. La Pre-Ordenación farmacéutica.

En el que se asombrará el curioso lector de la íntima, estrecha y nunca imaginada relación del yelmo de Mambrino con la inicial e incipiente Ordenación Farmacéutica.

Pasada la simulada aventura de los batanes y las pláticas que entre lance y lance mantenían sobre el valor y los salarios con todo el aluvión de consejos que el caso requería, vieron un hombre sobre un asno que traía en la cabeza una bacía de barbero que Don Quijote identifica, nada más verla, con el yelmo de Mambrino y que permite a don Miguel de Cervantes un esbozo, elemental pero a la vez genial, de lo que luego sería, con el correr de los siglos, la **Ordenación Farmacéutica en todos los territorios del Sistema Imperial de Salud**. Veámoslo:

*Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y el caballero que Don Quijote veía era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenía **botica** ni barbero y, el otro, que estaba junto a él, sí; y así, el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero y traía una bacía de **azófar** (*). (P. I: Cap. XXI).*

Y de la misma manera que se desplazaba el barbero, intuye Cidi Hamete Boticaril basándose en la obra *Estudios demográficos y farmacéuticos en los desiertos de la Arabia Feliz*, lo haría el boticario, bien para llevar las medicinas pertinentes, bien para proveer y reponer de ellas al más que probable botiquín que tuviese establecido en el pueblo menor, por lo que no solamente estarían reguladas las boticas en función del mayor o menor número de habitantes de un pueblo, si no los propios botiquines.

Terminada la aventura alcanzando la ansiada posesión del yelmo y con un irónico y agradecidísimo recuerdo de Sancho *al benditísimo breba-je* de cuya receta ninguno de los dos se había olvidado, continuaron su camino al encuentro de nuevas y espantables ocasiones, como se verá en el capítulo siguiente, dejando éste a propósito tan breve para que brille en él, exclusivamente, y nunca mejor dicho lo de brillar hablando del yelmo de Mambrino, la sagacidad y buen tino del legislador que, adelantándose a su tiempo, establecía las principales bases de la **Ordenación Farmacéutica** para pasmo de los siglos, relacionando incuestionablemente distancias, boticas y número de habitantes de núcleos urbanos y caseríos aunque, está claro, sin entrar a concretar detalles.

La sensibilidad social de la pluma cervantina no podía dejar de referirse a todo ello.

V. El buen Sancho y la Distribución farmacéutica.

En él se recoge el compungido lirismo de Sancho ante la pérdida de su transportador rucio y la agresión de los agentes atmosféricos al rostro de Dulcinea, junto con otras extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron.

Los galeotes sacaron a Don Quijote y Sancho de sus placenteras y tranquilas conversaciones. Les dio la libertad el caballero como correspondía a los principios de la orden que profesaba, pero a cambio de numerosos disgustos y sinsabores lo que le permite una agudísima disertación sobre hechiceros, **mixturas** y **venenos** aunque si mencionarlos como labor propia de boticarios, si no como medios conducentes a procurar el mal. (La deformación profesional de Boticaril lo cita por eso, por deformación profesional, no por su interés).

De toda esta aventura “quedó” pensativo el jumento; tendido junto a su amo, Rocinante; en pelota Sancho y Don Quijote mohinísimo y tan mal parado que dijo a su escudero:

-Siempre, Sancho, lo he oído decir: *que el hacer bien a villanos es echar agua en la mar* (P. I: Cap. XXII) y puso en la frase toda la decepción y la amargura que el desagradecimiento de los galeotes le producía.

Condujeron sus pasos, una vez más, entristecidos, doloridos y lentos, hacia Sierra Morena, cuya primera aurora iluminó la desaparición del rucio, lo que llevó a Sancho a entonar uno de los himnos dolientes más triste y sincero de los que jamás se compusieron ante la pérdida de un jumento. Dada su longitud y lo reiterativo de sus lamentaciones, renunciamos a reproducirlo en su totalidad, pese a la insistencia de Cidi Hamete Boticaril. Sí que destacamos, no obstante, estos versos en los que se quiere dejar entrever un adelanto de los medios de transporte (en aquella época y lugar, el rucio) aplicados a la **distribución farmacéutica**, aunque no exclusivamente; dice así:

*Portador de mi persona,
¡oh gris y blanco jumento!,
llevador de las alforjas
que sostienen mi sustento.
Tú transportas las arquetas
que llevan medicamentos.
Primer vehículo andante
con hilas, curas y ungüentos.
¡Furgoneta de La Mancha,
eficaz servicio presto!
¿Cómo proveeré a mi amo
después de sus molimientos,
si antes de que nazca el día,
rucio mío, no te encuentro?*

De sus penas y cuitas le tranquilizaron el consuelo y las promesas de Don Quijote, el cual encontraba en aquellos parajes de soledades y asperezas el acomodo ideal para las aventuras que buscaba.

Y feliz ventura es la nuestra al encontrarnos estos dos versos finales del soneto que halla nuestro señor en un libro, allí, en Sierra Morena: <<*que el mal de quien la causa no se sabe / milagro es acertar la **medicina***>> (P. I: Cap. XXIII), versos que traemos aquí por encerrar en ellos la palabra medicina, tan entrañablemente boticaria y, también, aunque se escape de la primigenia intención de este trabajo, porque en ellos se resalta la verdadera y profunda dificultad del acto médico: el diagnóstico, cabeza que hace al brazo confeccionar la medicina acertada.

Discurre por entre peñas y brezales la historia serrana de Cardenio y Luscinda, mientras Sancho cuenta y recuenta los escudos hallados, que le hacen olvidar palos, manteos, sustos y hasta el vomitar del brebaje y Don Quijote, oída la historia de los amantes, imita la penitencia de Beltenebros buscando con ello *hacer una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo el descubierto de la tierra, dando a entender a mi dama con mis lloros, penitencias y sentimientos, que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado?* (P. I: Cap. XXV).

Y, en prevención del daño que se pensaba hacer dándose calabazadas por las peñas en nombre de Dulcinea, le dice a Sancho que será necesario *que me dejes algunas hilas para curarme, pues la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos*. Lo que así hizo Sancho, poniendo de manifiesto, una vez más, la utilidad de que los escuderos fueran prevenidos de ungüentos y material de cura para aliviar a sus caballeros con sus bien provistos botiquines de viaje, digo arquetas, digo alforjas, y que llevaban hasta los más agrestes lugares los vehículos andantes que eran los rucios.

Llegando a este punto se dispusieron a escribir a su señora Doña Dulcinea, la que merece ser señora de todo el Universo y a la que Sancho conoce y dice desear vella *que ha muchos días que no la veo y debe de estar ya trocada: **porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire*** (P. I: Cap. XXV). ¡Qué delicadeza para ex-

presar la agresión de los agentes atmosféricos sobre el rostro femenino. Qué decir, sin decir, de la deshidratación, descamación, manchas cutáneas, ruptura del equilibrio hídrico, etc., etc., contra los que sostiene brava y notable batalla nuestra Dermofarmacia!

Y allá se fue Sancho, portador de la carta, y allí quedó Don Quijote, sufridor de su pena y de sus enamoradas penitencias, ajeno, entre suspiros y versos, a lo que le aconteció a Sancho que no fue otra cosa que llegar a encontrarse con el Cura y el Barbero de su mismo lugar, que habían salido de él con la intención de hallar a Don Quijote. Los tres alcanzaron a escuchar el final de la interrumpida historia de Cardenio, entre cuyas últimas frases se lee: *y no os canséis en perdonarme o aconsejarme lo que la razón os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la **medicina recetada** de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere* (P. I: Cap. XXVII) y en la que se vuelve a poner de manifiesto el valor psicológico añadido al propio valor terapéutico de toda medicación.

Agradable aventura les sucede al Cura y al Barbero en la misma Sierra y gracioso fue el artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto, así como la discreción de la hermosa Dorotea y sabrosos razonamientos entre Don Quijote y su escudero que nos llevan, guiados siempre por Cidi Hamete Boticaril, a una breve y repetida alusión a la **farmacia hospitalaria**: *que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo* (P. I: Cap. XXXI), que aparece en boca de Andrés, el muchacho azotado en la primera aventura, con la que manifiesta la paliza y los azotes que le dio su amo al verse lejos de Don Quijote y que obligaron a ingresarle y recibir la **atención médica y farmacéutica** que en todo hospital se dispensa.

Tras lo sucedido en la Venta a la cuadrilla encabezada por nuestro caballero, encontraremos nuevas referencias boticarias en la novela de *El curioso impertinente*, en otros sucesos que se relatarán e, incluso, en boca de la princesa Micomicona, de todo lo cual se dará cumplida explicación en el capítulo siguiente.

VI. Diálogos en la Botica. Fitofarmacia. Dermofarmacia.

De cosas de Dermofarmacia y Fitofarmacia que dice y escribe Boticaril, que las sabrá quien las leyere, si las lee con atención.

En efecto, en una de las pláticas de Lotario y Anselmo, éste dice a su amigo: *-Has de considerar que yo padezco la enfermedad que suelen tener algunas mujeres que se les antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores, aunque asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse* (P. I.: Cap. XXXIII). Cabe destacar, al respecto, pero no como síntoma de enfermedad, que solían comer **búcaros** (*) (13), pues creían que así amortiguaban el color de sus rostros, en busca de empalidecerlos según los cánones de belleza al uso. Es decir, seguían un **tratamiento dermatofarmacéutico por vía oral**, aunque no como ahora que se toma en forma de cápsulas y, precisamente, para todo lo contrario. (¡Mudables modas; sólo la belleza permanece!, exclamemos con Sexquisixto de Grecia).

Tras el hallazgo de *salud en la enfermedad* encerrado en unas estrofas de Lotario, alcanzamos, sin salirnos de la novela incluida en el relato, a Leonela que *lava con un poco de vino la herida* (P. I: Cap. XXXV) de Camila, su señora, destacando una vez más la doméstica **acción antiséptica del vino**, tan usado en aquel entonces como el mercurocromo en la actualidad.

Prosigue don Miguel relatando historias y aventuras siempre basadas en la documentación e información que le brinda su Cidi Hamete, mientras el nuestro camina lentamente escudriñando cada palabra y cada frase en su incansable búsqueda de aquellas que nos puedan acercar a la botica hasta encontrarse con que Don Quijote, en la cumbre del talante caballeresco, ofrece a Maritornes *darla lo que le pidiese, bien fuera una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, o ya los mismos rayos de sol, encerrados en una redoma*, (P. I.: Cap. XLIII) tantas veces citada y en esta ocasión, convertida en recipiente **poético-boticario**.

Asimismo, el insigne autor nos llevará a alcanzar las alteradas disquisiciones entre Don Quijote y el Canónigo cuando nuestro caballero le contesta enardecido sobre la veracidad y la bondad de los Libros de Caba-

llería aludiendo, entre otras cosas, al cuidado y aseo personal con que las damas regalan a sus caballeros **untándoles todo con olorosos unguentos**, (P.I: Cap. L) lo que nos da idea del desarrollo de la **cosmética masculina** aunque, eso sí, todavía escasamente empleada.

-<<¡Ay, qué **vado** he sentido con las pastillas que me diste para el dolor de muelas!>>. Nadie, actualmente, usa vado como **remedio y alivio**, pero sí encuentra nuestro guía particular esta joya expresiva oculta entre las brillantes frases del cuento del cabrero y nos recomienda destacarla, a lo que accedemos dócilmente.

Y la docilidad, el acceder y el destacar lo ampliamos a la frase de Sancho cuando dice de *ponerse en la espina de Santa Lucía* (14), si no toma de *lo añejo* (P. II: Cap. III) lo que nos lleva a transcribir este imaginado diálogo de rebotica, propio de aquella época:

-<<Pues yo igual, dijo una dueña. Quiero algo para mi señora la Marquesa del Aguamanil, a la que unas tercianas también la han dejado en la misma espina de la misma Santa>>.

-<<Hace bien, señora dueña, en acudir a este boticario, terció doña Sísife, una cliente habitual. A mí, una vez, me aconsejó unos papelillos que él mismo prepara contra el romadizo y no sabe el vado que sentí. ¡Con lo romadizada que yo estaba!>>.

-<<Por mi parte, y pese a mi edad y a esta alergia que me tiene casi siempre romadizado desde bien joven, todavía *tengo mi alma en las carnes* (P. II: Cap. XLVIII)>>. El que así se expresaba era un hidalgo de cierta edad, pero todavía de muy buena planta, ágil y fuerte.

-<<Bien pudiera decir yo lo mismo, señor caballero, si no fuera porque *estoy de mala voluntad* (15) (P. I: Cap. XLVIII). Llevo varias jornadas sin “obrar aguas mayores”, dijo muy discretamente, y vengo a ver si lo remedio tomando un lenitivo suave>>, se explicó un hombre rudo, pero de rostro particularmente agradable y simpático, pese a su estado de *mala voluntad*.

En estas y otras pláticas transcurrió la dialogante mañana relatada por la imaginación de Cidi Hamete Boticaril, como también transcurre nuestro caminar por la placentera lectura de los avatares quijotescos hasta

alcanzar el episodio de la carreta de las cortes, lo que nos permite constatar, una vez más, el amor de Sancho a su señor y el cariño a su jumento y, aunque pudo más lo primero que lo segundo, no pudo evitar *el pasar tártagos y sustos de muerte cada vez que veía levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, que antes quisiera que aquellos golpes se los dieran a él en las niñas de los ojos que en el más mínimo pelo de la cola de su asno.* (P. II: Cap. XI)

(Volvemos a encontrarnos con la **acción terapéutica de un purgante** como imagen literaria para describir las fatigas, quebrantos y disgustos que unas determinadas circunstancias puedan producir. En efecto, con la palabra tártagos se alude a las angustias que pasaban los que se purgaban con esa planta (*Euphorbia lethiris*) cuyas simientes, con el doble efecto de vomitivo y purgante violento, eran medicamento muy empleado en el siglo XVI.)

Estos tártagos se producían, según apunta e intuye Cidi Hamete Boticaril, por el uso de plantas medicinales fuera del control del boticario, pareciéndole descaradamente contradictorio que, pese a su adjetivo de medicinal, su preparación y dispensación no estén siempre dirigidas y supervisadas por el boticario. ¡Ay, cómo suspira en sus escritos y tratados por el establecimiento y regulación definitivos de la Fitofarmacia, él, nuestro Cidi, acostumbrado al exquisito cuidado con que usan en su país de dichas plantas! (Los que quisieran abundar en el tema, pueden consultar la obra del autor citado *Suspiros, llantos y lamentos por el descontrol farmacéutico de las plantas medicinales*, editado por el servicio bibliográfico del Jardín Botánico de Bagdad y alrededores.)

Superados definitivamente los tártagos y las angustias, nuestro señor Don Quijote vino a topar con el Caballero del Bosque. Sancho, hablando con el escudero de éste, vuelve a referirse a las hilas, mientras le propone que, que si han de luchar entre sí en obediencia a Don Quijote, lo hagan después de *llenar las talegas con copos de algodón cardado para no quedar molidos los cascós y hechos alheña los huesos* (P. II: Cap. XIII).

(No puede pasar desapercibida a nuestros atentos ojos boticarios la elegancia y propiedad y calidad metafórica de la frase y la explicamos sin pretender dudar de tu sapiencia, despierto lector:

El nombre de alheña, de la planta que ahora llamamos aligustre (*Ligustrum vulgare*) se consideraba entonces como sinónimo de polvo hasta el punto de que decir “estar hecho alheña” significaba “estar hecho polvo”, pues los frutos, muy ricos en materia colorante, de tono amoratado oscuro, se desecaban y molían, reduciéndolos a polvo finísimo, que era la alheña de los árabes, con el que se teñían los tatuajes y se sombreaban los ojos las mujeres, usos que se conservaban en tiempos de Cervantes. Y que incluso alcanzan a nuestra Dermofarmacia; pero, eso sí, en palabras francesas: *ombre pour les paupières...*)

Y con el regusto dejado por las palabras de Sancho cerramos este capítulo, rico en aventuras quijotescas, en pláticas, cuentos y demás, pero que, farmacéuticamente, ha costado un verdadero esfuerzo académico y personal a nuestro imprescindible Boticaril, sin cuya colaboración nunca se hubiera podido escribir y que, no satisfecho con ello, quiere enriquecer su final con estos *Versos a la Dermofarmacia*:

*¿Poner más bellas a ellas?
Que no es posible, en verdad:
procuremos con las mudas
su belleza conservar
y con los polvos de alheña
sus párpados “ensombrar”.
Formularemos pegones
y a sus cejas depilar:
como mortero de piedra
os digo que quedarán.
Pastas, mejunjes y untos
y un poco de solimán,
serán afeites que usen*

en su diario afeitar.

*En todo tiempo y región
la botica ha procurado
lograr la elaboración
de belleza preparados,
ponerlo a disposición
de los cutis atacados
por el aire y su agresión
y hacer que los rostros sean
a los ojos bendición,
“que al campo, al aire y al sol”
su faz tenga hidratación.*

*El boticario, por ello,
trabaja en Dermofarmacia
y lo hace sin engaño,
con verdad y sin falacia.
¡Su premio será, señoras,
vuestra faz llena de gracia!*

(Rogamos al poético lector disculpe los “saltos de rima” originados al transcribir la endiablada letra de Cidi en sus manuscritos arábigos)

VII. Ortopedia. Productos milagro.

Donde se declara la importancia de la Ortopedia en la farmacia y de otros descubrimientos boticarios dignos de escritura y memoria eternas.

Don Quijote, entre otras aventuras más o menos inmortales, ha vencido al Caballero de los Espejos y, junto con su inseparable Sancho, vuelve a tomar el camino de Zaragoza, mientras que el citado caballero y su *nariganto escudero* se apartan *con la intención de buscar algún lugar donde bizmarle y entablarle las costillas* (P. II: Cap. XV). Y si la palabra bizmarle resulta ya tan manida en nuestro relato que no merece nuevos comentarios insoportablemente reincidentes, no ocurre lo propio con entablarle, pues esta necesidad les hace encontrar en un pueblo a un **algebrista**; es decir, persona que practica el álgebra o arte de <<concertar los huesos desencajados y quebrados>> y cuya palabra destacamos por lo que de tesoro tiene (Y en el *Tesoro* de Covarrubias se halla). Y así queda el caballero, bizmado y algebrado; o, dicho de otra forma, con las costillas entablilladas, sujetando con un vendaje las tablillas para que impidan la flexión.

Tras la aventura de los leones, los sucesos ocurridos en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán y las cuitas del pastor enamorado, descubrimos, una vez más en Sancho, un dicho boticario lleno de profunda filosofía y conformidad ante hechos dolorosos y desventurados: *que Dios, que da la llaga, da la medicina* (P. II: Cap. XIX) y que no podemos obviar al contener la palabra medicina, sostén y vértebra de nuestra Profesión.

De la misma manera, ya en la aventura de Montesinos, escucharemos al Primo que a ella guiaba a nuestro héroe que *olvidósele a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo y el primero que tomó las **unciones** (*) para curarse el **morbo gálico** (*)* (P. II: Cap. XXII).

La observación costumbrista de Cervantes repara en los **zapatos cuadrados, a uso de corte** (P. II: Cap. XXIII) que llevaba un mancebito y que implantó el Conde Duque de Olivares, obligado a usarlos por padecer

juanetes. (¿No estamos, ilumina Cidi Hamete Boticaril el relato con su pregunta, ante la sección de **Ortopedia** de una oficina de farmacia). Pues bien, a este mancebo al parecer bastante cursi y petimetre, le dice Don Quijote, en su nuevo y más breve discurso sobre las armas y las letras, *que al soldado mejor le está el olor a pólvora que a **algalia*** (P. II: Cap. XXIII), el mismo perfume de almizcle con ámbar al que se refirió, hablando de su Dulcinea, el chusco comerciante toledano de sus primeras aventuras.

Y, don Miguel, narrador ya en el Palacio de los Duques, nos relata cómo derramaban sobre estos y Don Quijote, *pomos (*) de aguas olorosas* (16) (P. II: Cap. XXXI).

Andando en este episodio de los Duques, nuestro señor recrimina a Sancho ciertos comportamientos, advirtiéndole severamente que *si ven que tú eres un grosero villano, o un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algún echacuervos; es decir, un charlatán, que con embelecocos y mentiras engaña a los simples para vender sus ungüentos, azeites, yerbas, piedras y otras cosas que traen* (P. II: Cap. XXXI), frase que actualizamos ante el aluvión de productos milagro que invade o pretende invadir el mercado.

Ante los Duques, la respuesta **azogada**, temblorosa y convulsiva de Don Quijote para contestar los infames vituperios del eclesiástico, nos vuelve a recordar **síntomas toxicológicos** para encontrarnos, con que, al terminar de comer, a Don Quijote le lavan barbas y manos con una redonda pella (“pastilla”) de **jabón napolitano** (jabón de potasa con aceite de palma) (17), mientras que Sancho alza sus protestas porque a él se las humedecen con lejía de diablos y no con el **agua de ángeles** (18) (P. II: Cap. XXXII) que emplean con su señor y que es un agua olorosa hecha al combinar distintos y ricos perfumes, a veces más de treinta, de indudable acción “refrescante, hidratante y revitalizante”, de elegante actividad dermatológica como corresponde a la alcurnia y vida de relación social propia de los Duques.

VIII. El boticario. El mortero.

Se muestra aquí la desesperada relación de un boticario toledano y las dueñas asiduas a su botica, así como la brillante aparición del mortero en todas estas aventuras y sucesos.

Atrás queda la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, el desencantamiento de la sin par Dulcinea y otros admirables sucesos, hasta llegar a la jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, en el cual capítulo aparece por primera vez, ¡perla del relato, lucero de la mañana, arco iris de las letras!, la palabra boticario: *porque yo he oído decir a un **boticario** toledano, que hablaba como un silguero (19) que donde intervienen dueñas no podía suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y que mal estaba con ellas el tal boticario!* (P. II: Cap. XXXVII). Frases que Cervantes pone en boca de Sancho, denostador de dueñas, y que rebate Don Quijote al responder a continuación que *la dueña que viene a buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenía en su número.*

Tres veces –y una más por boca de la Duquesa, cuatro- repite la palabra boticario, soportador de dueñas, lo que nos hace pensar que ayer, como hoy, la clientela de una botica era eminentemente femenina.

Lo que no encontramos por ninguna parte es la documentación profesional del dicho boticario para aclararnos si había establecido su botica antes o después de la implantación de la Ordenación Farmacéutica exclusiva de su Comunidad. Nada, repetimos, hasta ahora se ha podido hallar en los zocos rastreados ni en los cuidadísimos legajos conservados en el Archivo General Boticario del Reyno y Ciudad de Toledo.

No obstante, Boticaril opina, con las consabidas reservas, que debió hacerlo antes, mientras se discutía el articulado de la Ley, basándose en la lectura de un viejo romance dedicado a un anónimo boticario toledano conservado, ¡oh, Fortuna!, en los subterráneos de la “Alcaicería” granadina y que él mismo ha traducido a nuestra lengua. Dice así:

*Boticario toledano,
prez de nuestra profesión:
¿mediste bien las distancias
antes de tu instalación?
¿Y el número de habitantes
tu expediente consignó?
Elabora las recetas
cual manda tu profesión,
eligiendo bien los simples
para su elaboración
y atiende bien a las dueñas:
no me las regañes, no.
Guarda los maravedises
para tu jubilación,
pues tal como está la cosa
no sobra la previsión.
Si tuvieras algún hijo,
soslaya la transmisión
de tu botica hacia el vástago
formando una asociación,
pues ya sabes que contigo
se termina la actuación
del boticario en botica
que hace tiempo la fundó.*

*¡Boticario toledano,
prez de nuestra profesión!*

Resulta particularmente rica a los ojos de Boticaril la estupenda y memorable historia de la Trifaldi ya que, además de citar frecuentemente al boticario toledano, nos enseña varios preparados farmacéuticos y dermofarmacéuticos que ilustran y enriquecen el trabajo del investigador árabe y, por ende, el nuestro.

Y así, nos habla de bálsamo de Pancaya (20) (P. II : Cap. XXXVIII) y de las *mil suertes de **menjurjes** (*) y **mudas** con las que tiene una dueña la tez lisa y el rostro martirizado para disimular y tapar el bosque en que tiene convertido el rostro* (P. II: Cap. XXXIX). (¡Ah, los esperanzadores rudimentos de las **cremas antiarrugas y de los preparados depilatorios!**).

Menjurjes y mudas que vuelven a aparecer con total fuerza expresiva unos párrafos más adelante para, como depilatorios propiamente dichos, engrosar la lista de productos dermofarmacéuticos de este ingeniosísimo relato en el que se nos presenta otro término rutilantemente boticario:

*-<<Así es verdad, señor, -respondió a Sancho una de las dueñas-; que no tenemos hacienda para mondarnos y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos **pegotes o parches pegajosos**, y aplicándolos a los rostros y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de **mortero** de piedra; que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa a quitar el vello y a pulir las cejas y a hacer otros menjurjes, nosotras por jamás quisimos admitirlas; y si por el señor Don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán a la sepultura* (P. II: Cap. XL). (¡Qué sacrificios por conservar la belleza y la limpieza del rostro! ¡Con lo fácil y bien que lo realizan esas señoritas que el “marketing”, “el planning” y el “merchandising” de los laboratorios envían a nuestras farmacias para promocionar sus productos y nuestra sección de “dermo”.)

Menjurjes, pulir cejas, parches pegajosos, mortero...: ¿no es éste uno de las párrafos más ricos que encontrarse puedan? Y, en otro orden de

cosas, ¿no se observa un vivo contraste entre los refinamientos cosméticos orientales y el hondo y callado estoicismo castellano?.

-Yo me pelaría las mías –dijo Don Quijote- en tierra de moros si no remediase las vuestras (P. II: Cap. XL).

Las protestas de Sancho ante *el quitar las barbas a las dueñas* hacen a la Duquesa volver a mencionar al boticario toledano, como personaje influyente en la oposición del escudero al conjunto de las dueñas al que se llega a calificar como *abominado de boticarios*.

Mientras tanto, disponíase a venir Clavileño para llevar por los aires a nuestros héroes, pero no para despegar del relato, con la fuerza de su vuelo, la palabra boticario, a él entrañablemente engarzada y repetidamente pronunciada.

IX. El aceite de Aparicio. Consejo dietéticos.

Que va del aceite de Aparicio a la restricciones dietéticas, pasando por graves sucesos y zarandajas necesarias al verdadero fin de esta grande historia.

El final de la dilatada y volandera aventura de Clavileño da paso a los impagables consejos que dio Don Quijote a Sancho Panza antes de que fuese gobernador de la ínsula. Al fin, el escudero fue llevado al gobierno, mientras que a su señor le sucedía en el castillo un extraño episodio. Y éste fue que, durante el discurso de los amores de la enamorada Altisidora, recibe el caballero un *temeroso espanto cencerril y gatuno del que quedó cribado el rostro y no muy sanas las narices*. (P. II: Cap. XLVI). Hicieron traer **aceite de Aparicio** (21) y la misma Altisidora, con sus blanquísimas manos, le puso unas **vendas** por todo lo herido.

Era una preparación vulneraria, de prolija elaboración y elevado precio, tanto que ha dado origen al dicho popular: “caro como aceite de Aparicio” para ponderar el excesivo costo de una cosa. Pero, dada la pujanza económica de los Duques, lo hicieron traer inmediatamente pues dispondrían de él en cantidad suficiente para curar , “ipso facto”, las llagas y

heridas tan frecuentes en aquellos tiempos. ¿O lo encargarían a la botica más próxima? Es de suponer que no, que lo tendrían en el botiquín familiar y lo repondrían de la botica según lo fueran gastando. (El Duque, por su parte, para evitar desabastecimientos de tan preciado remedio, estaba a la expectativa de una más que rumoreada y posible **liberalización del sector**, para establecer una botica en su Castillo...).

Por su precio fue excluido de los formularios magistrales amparados por el Sistema Imperial Hispánico Salutífero de aquel entonces, a pesar de lo cuál se ha seguido registrando en diversas ediciones más o menos recientes de la Farmacopea Española. En la actualidad, pero no hemos podido confirmarlo, parece ser que va a pasar a E. F. P. con el agresivo nombre de “Aparicio, un aceite para Europa”...

Se prosigue haciéndonos ver cómo se portaba Sancho en su gobierno y de qué manera le defraudaba el no poder tomar los alimentos que en su gobernadora mesa le presentaban dada la intransigencia del médico, un galeno que desconfía totalmente del buen hacer boticario (en verdad, en muchas ocasiones, no era tan bueno) al decir que *es porque siempre y a doquiera y de quienquiera son más estimadas las **medicinas simples** que las **compuestas**, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas* (P. II: Cap. XLVII).

Pero no nos demos por aludidos y escuchemos de sus labios el **consejo dietético** que da a Sancho Panza al recomendarle que comiera, no la olla podrida por la que suspiraba continuamente, sino *unas tajadicas subti-les de carne de membrillo que le asientan el estómago y le ayudan a la digestión* (P. II: Cap. XLVII). (Recomendación ésta que no ha perdido ni actualidad ni eficacia).

Una severísima alusión a lo contraindicado del uso de los purgantes en el embarazo, *me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada*, (P. II: Cap. XLVII), escuchamos de boca del Labrador, para encontrarnos a Don Quijote, páginas más adelante, *vendado el rostro y curado de las gataescas heridas, de las cuales no sanó en ocho días*, (P. II: Cap. XLVIII) pese al cuidado con que Altisidora trataba sus heridas y a las excelencias curativas del aceite de Aparicio.

En el diálogo entre Don Quijote y Doña Rodríguez, dueña de la Duquesa, nos encontramos, entre otros aconteceres dignos de no olvidarse, con un verdadero canon de belleza al describir el rostro de la Duquesa y al que de cierto contribuirían los afeites, menjurjes y curas dermofarmacéuticas que usare:

-¿Qué tiene mi señora la Duquesa, por vida mía, señora Doña Rodríguez?.

*-¿Vee Vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora Duquesa, aquella tez de rostro que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmín que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud por donde pasa? Pues sepa vuestra merced que lo puede agradecer primero a Dios, y luego, a dos **fuentes** (*) que tiene en las dos piernas, por donde desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena.*

*-¡Santa María! –dijo Don Quijote-. ¿Y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero, pues la señora Doña Rodríguez lo dice, debe de ser así. Pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humos, sino **ámbar líquido**. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe ser importante para la salud. (P. II: Cap. XLVIII).*

El aún gobernador de Barataria envía una carta a su señor en la que, entre líneas, se atisba una alusión a la medicina naturista y preventiva pues al referirse al doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, dice de él que *ese tal doctor dice él mismo de sí mismo que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene, para que no vengan; y las medicinas que usa son dieta y más dieta*, formas de tratamiento con las que Sancho no está en absoluto de acuerdo, *como si no fuese mayor la flaqueza que la calentura* (P. II: Cap. LI) y es que el buen escudero no terminaba de entender que quisieran llevar el control del gasto farmacéutico a tales extremos... Pero no termina aquí la misiva ya que antes de despedirse le dice que *quisiera enviarle a vuesa merced alguna cosa; pero no sé que envíe, si no es algunos **cañutos de jeringas**, que con vejigas los hacen en esta*

ínsula muy curiosos (P. II.: Cap. LI) de lo que se infiere que había una próspera industria boticaria de **efectos y accesorios**, pues no cabe duda de que estos cañutos son las “melecinas” ya nombradas con anterioridad. (La burla de Cervantes es, una vez más, notoria).

Ya va llegando a su cansado final el gobierno de Sancho, el cuál, tras cruel afrenta sufrida en sus carnes, con lágrimas en los ojos, analbardó el rucio y suplicó:

- *Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad. Y apártense: déjenme ir, pues me voy a bizmar; creo que tengo **brumadas** (*) todas las costillas* (P. II: Cap. LIII), a lo que el doctor Recio se opone ofreciendo al gobernador *una bebida contra caídas y molimientos, que luego le vuelve en su prístina entereza y vigor*. Pero sólo obtiene de Sancho un despectivo e irrevocable *tarde piache*.

(Nada sabemos ni del nombre ni, mucho menos, de la fórmula galénica de esa bebida, velado todo ello por la noche de los tiempos. Mas según la indicación del doctor Recio, podríamos encontrarnos con un precedente de los actuales tónicos y reconstituyentes gingsénicos, pero no afirmamos nada: a este capítulo no ha venido Boticaril y, la verdad, sin él estamos desorientados por dudas y encantamientos).

Vemos, pues, a Sancho, dejado el Gobierno de la ínsula, camino de su casa y encontrándose a su riquísimo vecino Ricote. Mientras, Don Quijote sostiene una espantable y nunca vista batalla al finalizar la cual se despiden del Duque y la Duquesa para, tras escuchar *el lastimero son de la desenvuelta y discreta Altisidora*, salir del castillo enderezando su camino a Zaragoza.

X. Los parches transdérmicos.

Aquí encontrarás, ya fatigado lector, el alucine del uso secular de los parches transdérmicos y el desenlace final que toda vida humana tiene, por muy Caballero Andante que se sea.

-*La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos* (P. II: Cap. LVIII), exclama Don Quijote cuando se vio en la campaña rasa y con renovado espíritu por abandonar la molicie castellana.

Sancho le hace ver que deben agradecimiento al mayordomo del Duque que les dio doscientos escudos de oro bien guardados en una bolsilla que *llevo puesta sobre el corazón, como píctima (*) y confortativo (*)*. (P. II.: Cap. LVIII).

(Parece como si estuviésemos hablando de los **parches transdérmicos** . ¡La tecnología más avanzada y la vía de administración de medicamentos más novedosa, en las páginas del Quijote! ¡Quién lo iba a decir! ¿Qué más da que se la nombre como píctima?...Por cierto, qué esdrújula más fina, parece una garcilla. Pero, en fin, sigue sin aparecer Cidi Hamete Boticaril y no nos atrevemos a asegurar nada sin el respaldo de su autoridad.)

Muchos sucesos y aventuras pasaron Don Quijote y Sancho hasta dar, camino de Barcelona, con Roque Guitart, un bandolero de inquieto y sobresaltado vivir y de natural compasivo y bien intencionado, que anhela salir del laberinto de sus confusiones, si Dios es servido, y llegar a puerto seguro. Al respecto, Don Quijote le respondió con una frase relativa a la enfermedad y sanación del cuerpo, perfectamente aplicable a la del alma:

- *Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en **querer tomar el enfermo las medicinas que el médico ordena**: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, o Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen* (P. II: Cap. LX). Frase maravillosa y riquísima que encierra en sí misma los pilares de la terapéutica: diagnóstico y tratamiento, haciendo de Dios médico de nuestras dolencias espirituales.

Por caminos desusados partieron Roque, Don Quijote y Sancho con otros seis escuderos a Barcelona, llegando a su playa la víspera de San Juan por la noche, aunque no tardó mucho *en descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora* (P. II: Cap. LXI).

Barcelona, la Cabeza Encantada, las galeras, la morisca hija de Ricote, el amigo de Sancho, quedan en el pasar de las páginas hasta llegar a la aventura que más pesadumbre dio a Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido: su encuentro, batalla y derrota ante el Caballero de la Blanca Luna, *quedando viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso y Don Quijote obligado a retirarse a su lugar un año, o hasta el tiempo que por el de la Blanca Luna fuera mandado* (P. II: Cap. LXIII).

*Seis días estuvo Don Quijote en el lecho, **marrido** (*), triste, pensativo y mal acondicionado* (P. II: Cap. LXV), consolándole Sancho y animándole a reincorporarse a su vida de relación con los demás. De una de estas pláticas extraemos una frase muy ilustrativa para nuestra profesión: *que, como él vee que todo el cuerpo está podrido, usa con él antes que del **cauterio** (*) que abrasa del **ungüento** que modifica* (P. II: Cap. LXV) y que, aunque referida a otro orden de cosas, no por ello deja de ser indicativa del tremendo destrozo del cauterio frente a la suave acción del ungüento sobre los tejidos.

Salieron de Barcelona, lugar de su derrota, *donde cayó mi ventura para jamás levantarse* (P. II: LXVI), reencontraron a Tosilos, el lacayo del Duque, y Don Quijote toma la determinación de hacerse pastor mientras dure el año de su promesa. Paralelamente a todo ello, continúa suplicando a Sancho que se discipline para desencantar a Dulcinea y que lo haga con la misma firmeza que ponía en recordarle que cumpliera la promesa hecha sobre la ínsula y, tras encontrarse con gente armada sin la que pudiera luchar debido a la promesa que ataba sus brazos y su valor, llegan al patio principal del castillo de los Duques donde se encontraron *con el cuerpo muerto de Altisidora sobre un túmulo* (P. II: Cap. LXIX). Para resucitarla, las dueñas establecen para Sancho unas ciertas y alevosas penas a las que en principio se opone, pero que termina aceptando, condescendiente y persuadido. Tras la mamona, la primera de las dueñas le hizo una gran reverencia, lo que exasperó sobremanera a Sancho:

- *Menos cortesía; menos mudas señora dueña, que por Dios que traéis las manos oliendo a **vinagrillo** (*)* (22) (P. II: Cap. LXIX).

(Debemos observar aquí, aunque pequemos de reincidentes, que el relato de don Miguel, basado en la luz histórica de Benengelí, pone todo su énfasis en describir la rebeldía de Sancho ante el castigo y afrenta de las dueñas, mientras que Boticaril, recuperado ya para nuestro relato tras su escapada a la “dolce vita” marbellí, se detiene y escruta las palabras de Sancho (mudas, vinagrillo) como conceptos dermofarmacéuticos.)

Bajó Altisidora del túmulo, durmió Sancho aquella noche en carroza y, tras relatar cosas excusadas para la claridad de la historia, vistióse Don Quijote, comió con los Duques y partióse aquella misma tarde.

Hacia su aldea iban Don Quijote y Sancho; aquél, triste por su vencimiento y, a su vez, alegre por la virtud de Sancho demostrada al resucitar a Altisidora. Y el escudero, sin embargo, apenado al ver que la dama no le había cumplido la palabra de regalarle unas camisas, lo que le lleva a decir a su amo: *-En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos (*) que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una **cedulilla** (*) de algunas **medicinas** que no las hace él, sino el **boticario**, y hételo cantusado, y a mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite. Pues yo le voto a tal que si me traen a las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de untar las mías.>>* (P. II: Cap. LXXI)

(Sí, las medicinas las confeccionaba el boticario, pero siempre bajo la supervisión y dirección del médico. El oficio de boticario no pasaba de ser un oficio menestral para el que no se exigían más conocimientos que los adquiridos por la práctica en una botica. La indignación de Sancho por las circunstancias vividas le lleva a la exageración injusta y a la deformación pues llega a creerse médico por haber “resucitado” a Altisidora... Nada de esto hubiera dicho si le hubieran dado las camisas prometidas...).

Y, vendiendo cada azote, se flagela el fiel escudero para desencantar a su señora Dulcinea, pero se cansa pronto porque *me parece muy áspera esta medicina* (P. II: Cap. LXXI), siendo ésta la última referencia farmacéutica y boticaria que Cidi Hamete Boticaril encuentra entre los papeles de don Miguel y de Cidi Hamete Benengelí.

Llegaron a la aldea y Don Quijote *cayó malo* (P. II: Cap. LXXIII) y, bien por melancolía o por disposición del cielo, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, sin quitársele de la cabecera su Sancho Panza, leal hasta el fin.

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso y no le contentó mucho. *Fue su parecer que melancolías y desabrimientos le acababan* y dijo que atendieran a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. No mandó, pues, ninguna cedula al boticario. El cura le confesó, mientras el Bachiller fue a por el escribano y Don Quijote hizo su testamento y, cuerdo y su alma en paz, después de tres días de desmayarse muy a menudo, *entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaban, dio su espíritu: quiero decir que se murió.*

Y al igual que Cidi Hamete Benengeli cuelga su pluma *desta espetera y deste hilo de alambre*, nuestro Cidi Hamete Boticaril enfunda su bolígrafo, solicita su desconexión de Internet, apaga el ordenador y la grabadora y da por terminado su trabajo de investigación con el que ha querido realizar para vosotros, encomiables lectores, una boticaria lectura del Quijote.

Y, juntos los dos Cidis, igual que la han escrito, cierran a dúo las páginas de este libro:

Porque esta empresa, buen rey,

A los dos les fue guardada. Vale. (P. II: Cap. LXXIII)

EPÍLOGO

Y, así, mi señor Don Quijote, un boticario (farmacéutico de este siglo) de un lugar de la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, de cuyo nombre no sólo no se olvida, Talavera de la Reina, sino que blasona, ha entresecado de toda tu historia los términos relacionados con su profesión para rendir, desde la humildad de su pluma, su íntimo y profundo homenaje a ti, Don Quijote de la Mancha, gloria y espejo de los caballeros andantes, a su entrañable y curiosa profesión farmacéutica y al insigne

Príncipe de los Ingenios, don Miguel de Cervantes Saavedra, sin cuya pluma ésta la suya no se habría movido ni una línea, por mucho que le hubieran ayudado los dos Cidi Hametes guadores y auxiliadores.

Si faltaba este trabajo de investigación, no lo sé; si, por ende, había que cubrir un hueco, tampoco. Lo que sí intentaba el autor era dar luz a lo escondido que de su profesión hubiera en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Si te agrada, lector, ahí estará su premio, prolongación boticaria de la recompensa que todos obtenemos con la lectura de la inmortal obra de Cervantes.

Glosario

(Nota.- Se recogen aquí todas las palabras señaladas con asterisco)

Algalia: Perfume. Secreción producida por la civeta o gato de algalia (*Viverra civeta, L.*) (23). En farmacia se conoce como tal a la materia odorífera segregada por las glándulas anales de diferentes especies del género *Viverra*. Semisólida, blanca, de olor fuerte. Untuosa. Se llama también algalia. Se emplea hoy algo en perfumería. (24). Asimismo se designa como tal al abelmosco (*Abelmoschus moschatus*) planta malvácea que etimológicamente significa semilla de almizcle por desprender un olor a éste y a ámbar muy pronunciado por lo que se emplea en cosmética y perfumería. Se usa para aromatizar al vinagrillo (25).

Ámbar: perfume delicado.

Azófar: Latón; aleación de cobre y cinc. Muy empleado en las boticas de la época para fabricar sus propios enseres al ser susceptible de brillo y pulimento.

Bálsamo: medicamento compuesto de sustancias comúnmente aromáticas que se aplica como remedio en las heridas, llagas y otras enfermedades.

Bermellón: cinabrio reducido a polvo que toma color rojo vivo.

Bizma: (del griego biasmos: fuerza, compresión). Especie de emplastro hecho de estopas, aguardiente, incienso, mirra y otros ingredientes. Se le suponía una acción confortante. Se preparaban empapando hilas de

estopa en el líquido medicinal. (26) (Para ampliación, consúltese el opúsculo de Boticaril *Bizmar y emplastar todo es empezar*, que se conserva en la colección de incunables ilocalizables del Museo de la Farmacia Árabi-go-Hispánica-Castellano- Manchega.)

Brumadas: Magulladas. Molidas a palos.

Búcaro: Vasos o vasijas de tierra arcillosa. La costumbre de comer barro, muchas veces en forma de búcaros especialmente preparados para ello, era muy frecuente entre las mujeres de la época.(27)

Cauterio: Medio con que se quema o destruye un tejido animal, como procedimiento curativo o como precaución para evitar una infección y con el que se provoca una escara o costra. Aquí vale como el instrumento con que se realiza esta operación.

Cedulilla: Receta.

Confortativo: Dícese de lo que tiene virtud de confortar; es decir, dar vigor, espíritu y fuerza a alguien debilitado o agotado. Según la Medicina de la época, el corazón era la sede de la ira, la concupiscencia y otras potencias naturales que podían perturbar el cerebro, por lo que era necesario confortarlo.(28)

Emplasto: Preparado farmacéutico sólido, plástico y adhesivo que se aplica como cura. Su base es una mezcla de materias grasas y resinas o jabón de plomo. Se reblandece con el calor y se adhiere a la parte en que se aplica.

Estopas: Parte basta del cáñamo o el lino, que se emplea como ingrediente de las bizmas.

Físicos: Médicos.

Fuentes: Llagas. En Cirugía, llaga pequeña y redonda, abierta artificialmente en el cuerpo humano para producir una supuración permanente con el fin de curar una enfermedad.

Hilas: Hebras que se sacan de un trapo de lienzo usado y sirve, junto con otras, para curar las llagas y las heridas, cubriéndolas con ellas a modo de gasas.

Lenitivo: Medicamento que sirve para ablandar un tumor o para suavizar, mitigar o calmar la irritación de un tejido. Sinónimo de calmante y, a veces también, aunque impropriamente, de laxante. (29)

Marrido: afligido, triste, melancólico.

Melecina: era un lavado intestinal. Lavativa. El instrumento con el que se administraban las “melecinas”, que era un saquito de cuero adaptado a un canuto, también recibía este nombre. Ant. y vulg., medicina.

Menjurje: Menjunje o mejunje. Líquido o unguento resultante de la mezcla de varios ingredientes. Se usaba como cosméticos.

Morbo gálico: Bubas. Sífilis.

Mudas: Afeite para la cara. Son las llamadas mascarillas, pastas o ungüentos. Cosmético, aderezo, compostura.//. Mascarilla de belleza para quitar las manchas que salen en la piel por el aire y el sol; su componente fundamental era la mostaza desleída en algún cosmético. Se llamaba muda porque levantaba la piel estropeada y se sustituía por otra nueva. (30)

Píctima: el emplasto o socrocio de hierbas que, como cordial, se pone sobre el corazón para desahogarlo y alegrarlo. (Socrocio: emplasto o cataplasma en la que se pone azafrán).

Pomo: frasco de perfume. Frasco o vaso pequeño de vidrio, cristal, porcelana o metal que sirve para contener y conservar cosméticos, fármacos, etc., que sean de consistencia líquida o cremosa.

Redoma: Vasija de vidrio ancha en su fondo que se estrecha hacia la boca. Covarrubias lo acerca más a nosotros: Vasija grande de vidrio ventricosa y gruesa y angosta de boca. Estos vasos usan los boticarios para sus aguas y jarabes. (31)

Ruibarbo: *Rumex alpinus*, planta poligonácea.

Simples : Material cualquiera de procedencia orgánica o inorgánica, que sirve por sí solo a la medicina, o que entra en la composición de un medicamento.

Unciones: Unturas de unguento mercurial para la curación de la sífilis.

Ungüentos: medicamentos de uso externo, compuesto de diversas sustancias grasas entre las cuales figuran la cera amarilla, el aceite de oliva y el sebo de carnero, así como resinas; son de menor consistencia que los emplastos. // . Cualquier sustancia con que se unta el cuerpo; por ejemplo, una pomada o afeite. Mínguez se extiende en su preparación: Se funden a calor suave las grasas y las resinas procurando su enfriamiento por continua agitación y añadir cuando tenga oportuna consecuencia (consistencia), las sustancias infusibles en polvo o disueltas en algún líquido alcohólico. (32)

Unturas: Untadura, ungüento. Acción y efecto de untar o untarse. Materia con que se unta.

Vinagrillo: Afeite o cosmético que empleaban las mujeres para dar blancura y lustre a la cara y a las manos. Solía componerse de vinagre, yema de huevo, limas y miel. (El personaje de Oscar Wilde, Dorian Gray; todavía lo usaba mezclado con almizcle: <<se lavó las manos y la frente con un frío vinagrillo almizclado>> (33)

Bibliografía

- (1) CERVANTES, M. DE (1998). Don Quijote de la Mancha. Edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico. Col. Biblioteca Clásica, n ° 50. Crítica, Barcelona. Pág. 56, nota 17.
- (2) IBIDEM. Pág. 64, nota 27.
- (3) IBIDEM. Pág. 69, nota 73.
- (4) Enciclopedia Universal Ilustrada. (1973). Tomo 52. Págs. 742 y 750.
- (5) CERVANTES, M. DE (1998). Op. cit. Pág. 82, nota 44.
- (6) CERVANTES, M. DE (1968). Don Quijote de la Mancha. (12ª ed.). Preparada por García Soriano y García Morales. Aguilar, Madrid. Pág. 286, nota 1.
- (7) IBIDEM. Pág. 286, nota 2
- (8) MÍNGUEZ P. M., M. (1889). Enciclopedia Farmacéutica. Tomo II. Barral, Barcelona. Pág. 492.
- (9) GÓMEZ CAAMAÑO, J. L. (1970). *Páginas de Historia de la Farmacia*. Edita Sociedad Nestlé, A.E.P.A., Barcelona. Pág. 33.
- (10) FOLCH JOU, G. (1957). Historia de la Farmacia (2ª ed.) Madrid. Pág. 213.
- (11) GÓMEZ CAAMAÑO, J. L. (1970). Op. cit. Pág. 119.
- (12) Enciclopedia Universal Ilustrada. (1973). Tomo 6. Pág. 1374.
- (12) CERVANTES, M. DE (1998). Op. cit. Pág. 214, nota 48.

- (13) COVARRUBIAS, S. DE (1995). Tesoro de la Lengua Castellana o Española. Col. *Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica*. Castalia, Madrid. Pág. 209-210.
- (14) CERVANTES, M. DE (1998). Op. cit. Pág. 655, nota 71.
- (15) CERVANTES, M. DE (1968). Op. cit. Pág. 1651.
- (16) COVARRUBIAS, S. DE (1995). Op. cit. Pág. 27.
- (17) CERVANTES, M. DE (1998). Op. cit. Pág. 893, nota 27.
- (18) PALACIOS, F. (1994). *Palestra Farmacéutica...* (Copia facsímil). Servicio de Reproducciones de Libros. Valencia. Pág. 351.
- (19) CERVANTES, M. DE (1968). Op. Cit. Pág. 1238, nota 1.
- (20) IBIDEM. Pág. 1253, nota 1.
- (21) FRANCÉS CAUSAPÉ, M^a DEL C. (1975). Un secreto remedio español del siglo XVI: El Santo aceite de los Vizcaínos. *Actas Congreso Internacional de Historia de la Farmacia*. Bremen. Págs. 49 á 57.-Palacios, F. (1994). Opus cit. Pág. 280 y 281.
- (22) Enciclopedia Universal Ilustrada (1966). Tomo 68. Pág. 1645 y Tomo 13, Pág. 578.
- (23) IBIDEM. Tomo 4. Pág. 619.
- (24) IBIDEM. Tomo 13. Pág. 578.
- (25) IBIDEM. Tomo 1. Pág. 354.
- (26) CERVANTES, M. DE (1998). Opus cit. Pág. 163, nota 34.
- (27) IBIDEM. Pág. 388, nota 67.
- (28) IBIDEM. Pág. 625, nota 4.
- (29) Enciclopedia Universal Espasa (1966). Tomo 29, pág. 1596.
- (30) CERVANTES, M. DE (1998). Opus cit. Pág. 214, nota 48.
- (31) COVARRUBIAS, S. DE (1995). Opus cit. Pág. 853.
- (32) MÍNGUEZ P. M., M. (1889). Opus cit. Tomo III. Pág. 612.
- (33) WILDE, O. (1992) El retrato de Dorian Gray. Col. Clásicos Universales. Ed. Planeta, Barcelona. Pág. 181.